

LA ROSA QUE EL TIEMPO VOLVIÓ BLANCA

Con tan solo 14 años la joven Ales se encontraba tendida en la cama que no era la primera vez que ocupaba. Envuelta en cables, que uno que no supiera ello, diría que son infinitos.

Abre sus enormes ojos castaños, que se comerían el mundo si no estuviese ahí prisionera de su enfermedad. Al despertar ve una enfermera, de unos 25 años, rubia, ojos celestes y amable sonrisa, algo preocupada. La mira, ya que parece no encontrarla buena cara. Le pregunta si se encuentra bien. Ales sin poder articular palabra afirma con la cabeza. Al rato entra su madre en la sala del hospital- Mira asustada a su hija, corre, lo más rápido que le permiten sus tacones, hasta ella. La abraza y besa en la frente. La dice algunas palabras, las cuales ella no escucha, solo oye unos murmullos.

Ales sabía porque se encontraba en aquel lugar tan poco agradable. La joven desde que nació padecía una enfermedad la cuál la mantenla en cama gran parte de su tiempo. Se saltaba clases, a pesar de ser una estudiante prodigiosa. Se pasaba horas acostada estudiando o leyendo, cualquiera de sus novelas juveniles sobre amores. Su enfermedad no la impedía hacer nada, pero de todas formas no tenía prácticamente ningún amigo, ya que la etiquetaban de ser una enferma. Ella era feliz, bueno todo lo feliz que podía ser teniendo marcas por los tubos y pasando mucho tiempo en aquel sitio. Cualquiera que la observaba diría que tenía belleza natural. Lo que ella no sabía es que todo cambiaría un lunes.

Ella llegaba como siempre a su instituto, tomaba asiento en primera fila. Ese día entró en clase un nuevo profesor de lengua y bióloga que sustituiría a su tutora, la cual estaba de baja por maternidad. Miró a la clase aproximadamente unos treinta alumnos y entre ellos le resaltó la joven Ales, con esos ojos tan profundos y que con una sola mirada decían tanto que no necesitaba palabras. Ella atendió y le observó mientras se presentaba, resulta que se llamaba Francisco. Un día en medio de clase de lengua tocaron a la puerta.

Era un profesor que decía que eran los padres de Ales para llevarla al hospital. Francisco asintió y la dejó ir. Al siguiente día en la primera fila no se encontraba la niña de ojos castaños. Regresó a los cinco días. Tocó el timbre y cuando Ales se disponía a salir al patio, Francisco la pidió que se quedara, que tenía algo que comentarla. Sin decir palabra alguna se paró frente a él y le miró a los ojos. Él le preguntó su continua ausencia a clase. La alumna se lo explicó. Cuando acabó de decirlo, la dejó regresar con el resto de sus compañeros. El joven profesor se fijó que tampoco tenía amigos, ya que todos la veían como un "bicho raro". Conociendo sus circunstancias especiales, se ofreció a ayudarla en todo lo que pudiera, aunque tuviera que sacrificar ratos libres y horas de ocio. La joven, al escuchar eso, sonrió. El instituto hizo un concurso de relatos. Francisco, sabiendo el talento del que disponía su alumna la inscribió en el concurso. Ales al enterarse saltó de euforia. El la ayudaría con el concurso en cualquier rato.

Ales empezó a faltar cada vez más a clase. Un día Francisco, desasosegado, por llevar días sin verla decidió llamar a sus padres y preguntar sobre su estado. La conversación se resumió en que Ales empeoró y no la recomiendan los médicos irse del hospital y un par de lágrimas por parte de la madre derramadas. A los dos días Ales estaba tendida en la cama leyendo 100 días, cuando tocaron la puerta. Sin mover músculo alguno, con un leve susurro dijo "adelante". La puerta se abrió. La joven se sorprendió al ver quién era. Era su profesor. Ales se animó a continuar su relato. El asintió y sonrió. Se veía que la hacía feliz escribir. En su rostro pálido, por culpa de su enfermedad, se veía una sonrisa que iluminó su tez.

Al cabo de un par más de visitas, la obra la finalizaron. Un jueves le anunciaron que su obra era la ganadora. Esto le causó una gran alegría. Esa tarde fue a verla al médico pero todo cambió. Ella había fallecido. Sus padres estaban apenados. Francisco no se lo esperaba, les dio el pésame y la noticia. I siempre llevará esa sonrisa y sus ojos clavados en el corazón y también a ella, que tuvo la suerte de conocerla, ella era... era como una rosa que el tiempo volvió blanca.

Autora: Estefanía Suárez